

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Revista de Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.* Segunda parte. = *Geroglífico.*

REVISTA DE CÁDIZ.

Principiemos por el Ateneo.

Los periódicos todos se han ocupado en sazón oportuna de la brillante función que tuvo lugar en aquel establecimiento la noche del 22 del pasado, en la que tomaron parte las cuatro academias hasta hoy organizadas. La pequeñísima porción con que nosotros personalmente contribuimos, no á la brillantez del acto, sino á llenar de cualquier modo el acto mismo, nos retrajo entonces de hablar de él, temerosos de que se creyese que tratábamos de prevenir la opinión, antes de que los trabajos pudiesen ser juzgados; pero el primoroso Album que se ha publicado despues, habiéndolos hecho conocer en lo que es posible, nos autoriza á romper el silencio para hacer justicia al excelente y oportuno discurso con que el Sr. Don Adolfo de Castro, presidente de la academia de literatura, inauguró las tareas de esta; discurso digno de la pluma de este distinguido gaditano, bajo cuya ilustrada dirección la academia, á la que nos honramos pertenecer como simples soldados, es de esperar que sostenga ventajosamente la bandera literaria en nuestra ciudad natal, frecuentemente calumniada por los estraños y rara vez defendida por los propios.

Allí pueden tambien leerse otras buenas composiciones poéticas de los Sres. Gaviria, Moreno de Fuentes, Sañudo, Galluzzo y Lara, el cual estuvo muy feliz en ese género festivo que con tanta gracia y soltura sabe manejar.

Las bellas artes se vieron tambien representadas en algunos cuadros de no escaso mérito; primicias de que debe estar muy satisfecho el Ateneo, así por lo que ya son como por lo que para en adelante le auguran.

Las academias de música y declamación no fueron las que menos contribuyeron á realzar el es-

plendor de aquella fiesta, animada por una concurrencia inmensa, que tomaba parte en ella con el interés mas vivo.

Véase lo que puede un ilustrado celo unido á una actividad incansable y á una fuerza de voluntad poderosa. Todo esto que referimos, y que no esperábamos nunca que se consiguiese, se debe al Sr. Ayllon y Altolaguirre, presidente y fundador del Ateneo. Ningun obstáculo ha sido bastante á arredrarle, ninguna dificultad ha detenido su marcha. Merced á estas raras cualidades suyas el Ateneo vive, funciona y crece.

Siguiendo el orden de las fechas nos toca hablar ahora de la inauguración anual de las tareas de la Academia de medicina y cirugía. Como este acto se ha verificado siempre sin aparato ni ostentación, como se ha reducido á la fórmula oficial y nada mas, de aquí que su importancia hubiese quedado recintada esclusivamente á sus miembros; pero sin participación alguna del público. El digno jefe de la corporación, Sr. Dr. Porto, comprendiendo muy bien que no se aprecia lo que no se hace conocer, y que los interesantes trabajos de aquella, ignorados de todos, no podian menos de quedar condenados á un olvido injusto, con mengua de su prestigio y hasta con menoscabo de su legítima autoridad, quiso que la inauguración se verificase este año solemnemente, llamando así la atención pública, tibia cuando no estraviada, respecto á tareas muy concienzudas y muy dignas de ser por todos apreciadas; y tanto mas cuanto que ellas no ofrecen á sus autores otro premio ni otro galardón que el que puede darles la confianza de las autoridades y el aprecio de cuantos comprenden el valor de la ciencia y su útil aplicación.

El Sr. Porto realizó pues su pensamiento, y el domingo 30 del pasado una concurrencia escogidísima tanto como numerosa llenaba el salón de Juntas de la Facultad de Medicina. Ocupado el estrado por la Academia, el Sr. Porto, con breves, sentidas y oportunas palabras entregó la presidencia del acto al Sr. D. José Benjumeda, decano de la Facultad, dando así la corporación, por la autorizada boca de su jefe, un alto testimonio de veneración á la autoridad del magisterio, de honra al saber profundo, de aprecio, en fin, á largos y eminentes servicios.

Terminado este incidente, el Sr. Dr. Ceballos, primer secretario de la Academia, leyó la historia de las tareas de esta durante el año que finaliza. Su discurso fué tal como debíamos esperarlo del claro talento de este jóven y distinguido profesor, y en medio de la natural aridez de un trabajo destinado á reseñar hechos, á citar memorias, á enumerar dictámenes y á clasificar expedientes, supo dar á aquel vida, interés y atractivo tales que cautivó la atención del auditorio durante un espacio de tiempo que todos hallaron harto mas corto de lo que hubieran deseado.

Tocóle su vez á otro jóven de grandes esperanzas, al Sr. D. Imperial Iquino y Caballero, quien tenía á su cargo el discurso inaugural del año. Elijió por tema de él la utilidad é importancia de las Academias en general, ya como meras asociaciones científicas, ya como cuerpos constituidos por la ley con funciones propias, y pasando de aquí á la aplicación de aquellos principios generales á las Academias de Medicina, demostró que ellas, atendido lo grande de su objeto, en nada cedían ni debieran ceder á otra corporación alguna ni en la conveniencia de su erección ni en el interés y fecunda aplicación de sus trabajos.

Este tema, oportunísimo en cuanto el orador se dirigía á un público, si todo él ilustrado, no todo él especialmente versado en la ciencia médica, fué desenvuelto con una lucidez en las ideas que armonizaba con lo bello de las formas. El jóven escritor tuvo momentos en que se elevó en alas de la mas sublime poesía, así como en otros demostró su erudición vasta en aquellos conocimientos generales que á veces desdeñan los que desconocen que las ciencias todas tienen muchos puntos de contacto entre sí, porque todas son hermanas.

El discurso del Sr. Iquino es pues una producción que honra á su autor, como á la Academia que le cuenta en su seno y á la Facultad de Cádiz que le numera entre sus mejores hijos.

Capítulo de teatros.

El Principal nos ha dado una novedad de la que no hemos tenido ocasión de ocuparnos hasta ahora. Esta ha sido *Azon Visconti*, zarzuela escrita por el Sr. García Gutierrez y puesta en música por el Sr. Arrieta. Su argumento es tan complicado, ó mejor dicho, tan embrollado, que nos salimos del teatro tan á oscuras como si la obra hubiese sido escrita en alemán ó en ruso. Para explicarnos aquel, el autor de la Revista de *El Comercio* no ha empleado menos de siete mortales columnas del folletín, y aun no ha dejado la cosa nada clara; colijase de aquí lo que puede sacar en limpio un público en la rapidez de una representación, y cuando una gran parte de lo que importaría saberse se canta, lo cual es lo bastante para que no se entienda.

De lo poquísimo que comprendimos en el teatro, y de lo algo mas que se desprende de la prolija explicación de la citada Revista deducimos; primero, que se ha querido buscar en la historia un nombre como pretexto para un argumento no basado en ningún hecho histórico; segundo, que

no siendo el tal Azon el personaje principal, antes bien muy secundario y muy falto de interés, no debió darse su nombre á la obra, puesto que mejor pudiera llamarse *Fanfula* ó *Laura*; y tercero, que hay allí dos acciones distintas; la una los amores de Visconti con Angélica, y la otra el sacudimiento del yugo impuesto por los alemanes á Milan.

En algunos trozos de versificación se reconoce la hábil mano de nuestro célebre compatriota; pero el todo de la obra deja no poco que desear, como tiene que suceder siempre, ó por lo menos las mas veces, en toda zarzuela, donde el poeta ha de tener que doblegarse á las condiciones de la música y á las exigencias del compositor. Por eso en las óperas italianas hay por un libretto regular cien desestables, y por uno bueno cien regulares.

No sabemos si la música valdrá á los ojos del arte mucho ó poco, pero sí sabemos que ni al público ni á nosotros nos ha hecho impresión, á pesar de que generalmente nos agrada lo que escribe el Sr. Arrieta. Ha sido, por tanto, oída con frialdad.

La Srta. Medina logró por fin arrancar el primer aplauso, y á él han seguido muchos mas. Era justo.

D. Crispin ha reaparecido en el Balón. Se ha refugiado en él huyendo de las silbas de otros teatros.

Para concluir, diremos que en *El Comercio* del jueves se ha insertado un artículo muy picaruelo contra el que acerca del proyecto de un nuevo teatro publicamos en *La Moda* del anterior domingo. Como nuestros trabajos para el número de hoy estaban á la sazón muy adelantados, tenemos que hacerle esperar nuestra contestación; pero Dios mediante no quedará sin ella.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.ª FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Lauriga hallóla cerrada y levantó la aldaba de la puerta en tanto que su pulso latía violentamente. Al ruido que aquella produjo siguió un silencio sepulcral, mas terrible para nuestro jóven que el silencio de la muerte.

¿Estaria deshabitada la casa? ¿Le habrían robado el tesoro que iba buscando?

Rugier volvió á golpear y nadie contestó; ya estaba decidido á preguntar á los vecinos y á todo

el mundo, si necesario fuese, cuando acertó á ver en un extremo de la calle una persona cuyo rostro le era bastante conocido.

—Diego! exclamó lleno de júbilo; tú por aquí? Oh! dónde están tus amos? dónde Catalina?

El anciano Diego levantó la cabeza y fijó con asombro sus miradas inquietas en el rostro del caballero. Luego en vez de contestar á las preguntas que este le hiciera, le dijo cada vez mas confuso y admirado:

—¿Vos en Sangüesa, señor? ¿vos por aquí, cuando yo os hacia en la corte de Castilla?

—Yo en la corte de Castilla! ¿Quién ha podido decir eso?

—Vuestro emisario.

—Mi emisario! Yo no he enviado á ninguno que pudiera decir eso.

—Entonces aquí hay traicion, repuso el viejo estremeciéndose.

—Sí, sí, qué ha sucedido?

—Tomad, dijo Diego entregando á Rugier un escrito.

El capitán sintió que su vista se anublaba y tuvo precision de arrimarse á la pared, cuando vió el contenido de aquel escrito firmado por Catalina. La pobre jóven habia temblado pensando que iba á dar á su hermano Adrian una sorpresa terrible, y sin embargo la sorprendida habia sido ella.

Catalina hacia saber en aquellos renglones trazados con mano temblorosa que estaba unida en vínculo eterno con Rugier de Lauriga; hacia saber igualmente al jóven Adrian su resolucion de ir á reunirse con su esposo, y le imploraba por último que á su vuelta de Francia no la maldijese por la determinacion que habia tomado.

El capitán estaba ya enterado de todo: Montalvo tenia sin duda entonces su residencia en Francia y Catalina no estaba ya en Sangüesa. ¿Dónde y cómo iba? El criado solo pudo manifestarle que algunas horas antes un desconocido se habia presentado á su jóven y querida ama entregándole un anillo que ella conocia demasiado y un escrito con la firma de Rugier intimándole á que le siguiese inmediatamente. Catalina se decidió de una vez á observar los mandatos de aquel á quien habia entregado su mano, y escribiendo á Adrian abandonó la casa en que naciera.

La historia era breve, y el que la contaba no sabia ni podia decir una sola palabra mas. Rugier miró al cielo creyendo que todos los elementos se habian conjurado contra él, y sus labios estuvieron á punto de proferir una blasfemia.

Diego entre tanto dejó caer sus brazos con abatimiento, cruzó sus descarnadas manos y dijo:

—La Virgen Santísima se apiade de nosotros!

—Tienes razon, murmuró Rugier cambiando de ideas: cuando los hombres son infames y nos ponen asechanzas, solo Dios, en su infinita misericordia, puede y sabe acudir en nuestro auxilio oyendo los votos de nuestro corazon.

Separémonos de Rugier y veamos lo que entre tanto acontecia en otros puntos lejanos de la ciudad de Sangüesa, donde le dejaremos por ahora.

CAPITULO IV.

Las cosas de Castilla iban de mal en peor; la poca edad y escasa firmeza del rey por una parte, las intrigas del infante su hermano, los disturbios de los grandes y el ansia de la reina madre de llevarlo todo al mejor término y paradero posible, á fin de robustecer el poder de su hijo, ó mejor dicho, el poder que ella misma ejercia, todo esto, repetimos, hacia que los negocios se enmarañasen por completo y que en nada hubiese sazon y seguridad. De aquí nacian esos cambios frecuentes que ponen en el abismo de la perdicion, no solo á los pequeños estados, sino tambien á las mas poderosas y opulentas naciones. La zozobra, la inquietud y la desconfianza, reinaban en los ánimos de los castellanos, y en medio de un continuo vaiven tan pronto se remontaban los unos como eran abatidos y postergados los otros.

En medio de este oleage tumultuoso de encontrados intereses, apenas habia una sola persona que dejase de pensar en aquello de que, á rio revuelto suele seguir la ganancia de los pescadores. El infante D. Juan que habia logrado por algun tiempo captarse la voluntad del rey, sosteniendo y fomentando la privanza de D. Juan de Lara, su amigo, iba ya de capa caída, bien así como este último, que ya no estaba muy seguro. Las amonestaciones y consejos de la madre del rey, que se vió secundada por la infanta Doña Isabel y por el rey de Aragon, y mas que todo esto el cariño que el jóven rey D. Fernando profesó en su niñez á los señores de Haro, fué inclinando su ánimo en favor de estos últimos hasta el punto de hacerlos llamar á su corte.

Por este tiempo D. Diego se hallaba con una grave dolencia, y D. Lope, que ya no estaba bien hallado en Zaragoza desde que vió partir á Catalina, trató de tornar con su padre á Valladolid, aceptando uno y otro las gracias que el rey otorgara al segundo, en cambio del señorío de Vizcaya de que quedaba desposeído definitivamente despues de la muerte del primero (1).

Con esto sintió el de Lara grande escozor é inquietud porque sintió bambolearse bajo sus pies los cimientos de su privanza, y el infante D. Juan no seguia con menos precaucion y recelo viendo que un nuevo favorito al cual habia hecho una guerra sin tregua, iba tal vez á reemplazar muy pronto al anterior valido.

La infanta Doña Isabel entretanto seguia sufriendo y callando en silencio, unas veces rogando á Dios que borrara de su pecho las huellas de un amor sin esperanza, y otras orando por la vida y prosperidad de su hermano, sobre cuya suerte abrigaba serios temores. No hacia un cuarto de hora que este se habia retirado de la habitacion de aquella pobre mártir, cuando un pagecillo

(1) En cambio del señorío de Vizcaya que D. Lope perdía con la muerte de su padre, le concedió el rey D. Fernando V los pueblos de *Orduña, Balmaseda, Miranda de Ebro, y Villalba de Tosa.*

anunció á Doña Isabel que un anciano religioso pedia licencia para hablarla unos cortos instantes.

—Que entre, dijo la infanta con la bondad que era innata en ella.

El page se retiró, y un momento despues apareció en el dintel de la puerta un fraile, al parecer cargado de años, y de lengua y poblada cabellera, tan blanca como la espesa barba que le cubria todo el pecho. Era de muy pequeña estatura y en su rostro apenas podia descubrirse otra cosa que dos ojos negros, rasgados y brillantes que se fijaron un momento en los de Doña Isabel, no sabemos si con lástima ó con esceso de curiosidad.

La infanta trató de animarle y le dijo con dulzura.

—Entrad, buen anciano, qué quereis?

El religioso miró entonces en distintas direcciones, como procurando indagar si habia por allí testigos importunos; luego se irguió repentinamente y dando algunos pasos con estremada agilidad exclamó con acento vibrante y seguro.

—Mucho he envejecido desde que no nos vemos, señora.

—Vos por aquí? exclamó la infanta casi tan sorprendida como la vimos en otra ocasion semejante. ¿Sabeis, condesa, que deseo veros alguna vez en el traje propio de vuestro sexo y condicion, por mas que lleveis perfectamente todos los disfraces que os poneis?

La infanta pronunciaba estas palabras con bien marcada severidad.

—Teneis razon, señora; dijo entonces la condesa bajando la capucha de su hábito, inclinándose y besando una de las manos de la infanta; teneis razon y yo jamás penetraria en vuestro retiro del modo que me veis, si á ello no me obligasen razones poderosas que dejó á vuestra consideracion. Vos sabeis que la infeliz Doña Ana de Sobradiel no debe penetrar en el alcázar de vuestro hermano con la esposicion de ser reconocida por nadie; sabeis que puedo necesitar de vos y no debeis haber olvidado el juramento que me hicisteis de no descubrirme nunca y aun de ayudarme, si fuese necesario, en una empresa que considero justa y legítima.

—Sabeis algo de nuevo? preguntó Doña Isabel poseida de un pensamiento que la agitaba muy á menudo.

—De seguro nada todavía, respondió la condesa; pero no es esto lo que en esta ocasion me trae hasta vos. Tengo precision de hablar con vuestro hermano el infante D. Juan, y os ruego que me presentéis á él sin decirle quien soy.

La infanta se quedó un instante pensativa y luego exclamó:

—Por mas que quiero penetrar los arcanos de vuestra conducta, no acierto á comprender nada de lo que pretendéis. ¿Con qué objeto me pedís esa conferencia, condesa?

—Nada mas que con el objeto de salvarle la vida, respondió Doña Ana con prontitud.

—La vida; oh! no parece mas sino que los reyes y las personas que los rodean se hallan siempre en

el cráter de un volcan que está pronto á tragárselos. Me hablais de salvar la vida de uno de mis dos hermanos, y sin embargo no hace mucho tiempo que inútilmente procurábais contener en mi presencia el odio que el otro os inspiraba. Vos, condesa, habeis sufrido el desvio de Fernando y este no está hoy en la mejor armonía con D. Juan. Qué pretendéis? Cuál es vuestro intento?

—Desconfiais, señora?

—No sé, Ana; vos misma me habeis dicho en mas de una ocasion que sois implacable en vuestro aborrecimiento, y hay (perdonad mi franqueza) muchas personas que se gozan en dar pábulo á las rencillas que hoy median entre D. Juan y su hermano el rey de Castilla.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

El gallo y la margarita se cuenta como una de las primeras fábulas de Esopo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

